

los coleos, los pases, los pinchazos, los achuchones, los pares, las estocadas, los intentos de descabello... Vamos, eso ya no se puede sufrir; es decir, no se podría, si fuésemos diferentes de lo que somos. ¿Cabría educarnos, acostumbrarnos a que, pasada la hora del espectáculo, nadie se acordase de él, ni emplease la semana en comentarlo? ¿Por qué no lo intentáis, periodistas, compañeros míos? ¿Por qué no suprimís las revistas de toros, y dedicáis ese espacio y esas galanas plumas a oficios más educadores, y a la larga, hasta más recreativos y amenos?

**

A la puerta de la plaza, un cuadro digno del Riff. Pasa una infeliz mujer, llevando en la mano un botijo lleno de un licor muy conocido en las fuentes de vecindad. Al dependiente de consumos (mala bestia) se le antoja que aquello es peleón. La mujer, con la viveza característica de las madrileñas, le hace ver que es linfa transparente y pura. El dependiente, que sin duda aspiraba a recibir tratamiento, castiga el desacato con un diluvio de injurias, un tremendo bofetón y la amenaza de disparar un revólver que enarbola y apunta a la cara de la criminal. Y se forman grupos en actitud hostil. ¡Lástima fuera! Los grupos se compondrían de personas pacíficas y calmosas, cuando no castigaron al dependiente, allí mismo, según correspondía. Dicen que los españoles somos ingobernables. Sospecho que, por el contrario, no cabe pueblo tan resignado, sufrido y fatalista. Esto de los consumidores va picando en historia: ni en Turquía se presenciarán escenas más deprimentes para la dignidad humana, más propias de un rebaño sometido al arbitrio y al abuso. Diariamente se lee, como si fuese la cosa más sencilla (la repetición de ciertas enormidades parece que lejos de suscitar indignación provoca indiferencia), que en las casillas de consumos han apaleado hasta la muerte a un hombre; que a otro le han soltado un tiro que le partió la columna vertebral; que a una mujer la han sometido a registros indecorosos; que han vertido la leche del cántaro, única hacienda de la pobre lechera, aldeana, o roto el cesto de huevos, o pisoteado la legumbre; que a éste le abofetearon, a aquél le deslomaron, al uno le decomisaron, a la otra la desnudaron... Así recibe la gran ciudad, la metrópoli, a los que en ella entran; así acoge el emporio de civilización a los comarcianos... Y esto es continuo; y jamás se sabe que se aplique correctivo, y el impuesto crece, crece, como hidrópica sanguijuela, imponiendo a los clases humildes, no sólo el hambre, sino el garrotazo, igualándolos a los pecheros de la Edad Media (¡qué diferencia había!)

Si; estos vejámenes recaen sobre el trabajador y el pobre; y aun por eso me enardecen la sangre doblemente. Los «señores» no tenemos que recelar de los consumidores sino un chaparrón de groserías, muchas impertinencias y bastantes exacciones y *descuidos*, cuando, por ejemplo, nos aforan un cajón con diez langostas y nos lo devuelven prudentemente aligerado de dos ó tres. ¡Bagatela! Es de desear, en interés del mejoramiento de las costumbres, que un día los consumidores santigüen a garrotazos a un señorito, ó se obstinen en que una petimetra lleva matute en el ruedo de la rozagante falda. A ver si así ocurre lo que ocurrió cuando el señor gobernador volcó en un camino detestable y se rompió una piedad: que en seguida, volando, se compusieron y rellenaron todos los caminos de la provincia.

**

De lo que no habla mucho la prensa — consagrada a no dejarnos ignorar ningún puyazo ni ningún recorte — es de los preparativos de la Exposición de Bellas Artes, ó Salón, como dicen en Francia. Sin darme cuenta del porqué, se me figura que esta Exposición no será de las peores, especialmente si el Jurado adopta un criterio, no estrecho y cerrado, pero algo menos amplio y benigno que otros años, para la admisión de obras. Siempre han adolecido nuestras Exposiciones de mucho trigo, ó por mejor decir, de mucha cizaña. El no querer descontentar a nadie se traduce en descontentar definitivamente al público y a la opinión. ¿A qué viene llenar salas y salas con lienzos de mala mano? ¿No es hacerle un servicio al mismo expositor, cuando no ha medido sus fuerzas y envía lo primero que se le ocurre, impidiéndole presentarse así, con aspecto tan ingrato?

Pocas salas y bien revestidas: este es el ideal de una Exposición *bis anual* de Bellas Artes. En dos años no se produce tanto bueno, ni aun regular, que cubra paredes y paredes; y la fecundidad, por sí sola, no basta a recomendar a un país en materia artística.

Dos talleres he visitado ya, y he visto dos *envíos* preparados. El del paisajista Aureliano Beruete me ha llamado mucho la atención. No porque no conociese ya trabajos de este artista, que no es principiante, sino maestro, y que está representado en el Museo moderno nacional; sino porque pude comprobar, en conjunto de su envío, una de las particularidades que más me interesan, como observación enseñadora: el *adelanto* por la *perseverancia* y la *energía*, sin introducir innovación alguna en el estilo ni en los procedimientos. Beruete pinta hoy exactamente de la misma manera que hace veinte años. Se coloca ante la naturaleza, ante el trozo de paisaje que quiere reproducir, y lo reproduce con una sinceridad absoluta, con la misma luz y color que en la realidad tiene. Ni más, ni menos. Nada de supercherías; nada de *truc*; nada de preferencia por esta ó aquella hora, por este ó aquel lugar; nada de concesiones a lo «bonito», a lo «poético», al subjetivismo de melancolía ó de deleite que puede expresarse por medio de un paisaje. Sólo la escuela verdad. Si es un pedregal, es un pedregal, gris, tético, desolado; si un árbol en otoño, allí está con sus tonos purpúreos y rojizos; si un arroyo, vemos su cristal; si una playa, su húmeda arena; pero ni pastores, ni pastoras, ni pescadorcitas, ni asomo de lirismo y literatura. Para Beruete, un paisaje no ha sido nunca «un estado de alma.»

**

No poniendo de sí mismo en el paisaje más que la visión lúcida y firme y la traducción concienzuda y fiel, Beruete ha conseguido, por la sola virtud de la *verdad*, llegar a infundir a sus paisajes ese no sé qué misterioso que inclina el ánimo a la contemplación y que he sentido y percibido tantas veces en los paisajes naturales. Este efecto, no advertido hasta hoy, me produjeron los cuadros del envío de Beruete al Salón próximo. A fuerza de maestría en la reproducción de cielo, suelo, árboles y agua; a fuerza de justeza en los ambientes y en los tonos de la verdura, de las rocas, del caserío, de los edificios viejos, de los troncos desnudos y vestidos de follaje ó de temprana flor primaveral, Beruete, sin proponérselo, sugiere indirectamente la hermosa tristeza en el inefable consuelo que encontramos en el campo y que me es tan familiar y tan querido. Las grises lejanías de Toledo, las nacaradas é irisadas entonaciones de Venecia, se reflejan en su paleta como en un espejo limpio. No sé decir más para alabar este envío de un artista que toma por lo serio el arte y que ha hecho de él una religión en la vida.

**

En el taller de Moreno Carbonero sólo un lienzo está dispuesto para ir a la Exposición. Es un retrato de la niña de los Sres. de Iturbe, con el traje de Infanta de Velázquez que vistió en los cuadros vivos. Naturalmente, se trata de un pie forzado que al artista se ha impuesto, y que si, de una parte, le da hechas muchas combinaciones y resueltos muchos problemas, de otra le cohibe para revelar su temperamento personal y manifestarse tal cual es. Al imitar punto por punto la colocación, la vestimenta, el colorido del célebre cuadro de Velázquez, Moreno Carbonero sólo puede probar que domina el *métier*, renunciando de antemano a la originalidad, a su nota propia. Dentro de lo que pudiéramos llamar *pastiche*, el retrato está muy bien pintado. Hay detalles, como la cortina y el sillón, que revelan al eminente maestro. Cuando el tiempo apague un poco los tonos, hoy demasiado vivaces, de la pintura, el retrato ganará en encanto y atractivo.

La cabeza de la niña, que debe de tener gran semejanza, desentona sobre aquel fondo y accesorios del siglo XVII. Nada menos parecido a las lenguadas, altivas, anémicas y aristocráticas infantas de Velázquez y Sánchez Coello, que esta criatura, de tipo popular y respirando salud por sus carnosos labios y su arremangada nariz. Se le despega el inmenso tontillo, la pluma al lado y el atavío malva, plata y rojo de la descendiente de Carlos V.

**

Mi próxima visita será al taller de Sorolla que, generoso y fecundo, presenta nada menos que doce cuadros, de los cuales se cuentan maravillas. Sin duda que después de haberlos visto podré consolarme de no alcanzar a ver entera la Exposición.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESCARRILAMIENTOS. — MANTILLAS. — TOROS.
IMPUESTOS. — ARTE

Los siniestros en el ferrocarril y en los tranvías eléctricos preocupan la atención y hacen encogerse de miedo los espíritus. Imágenes repulsivas, piernas magulladas, cráneos destrozados é incrustados de vidrios rotos y de astillas de madera, pechos hundidos en que las costillas se enclavijan y se cruzan sobre el corazón, oprimiéndolo y paralizándolo, caras carbonizadas, pies cogidos entre las paredes de la máquina ó entre dos maderos, acompañan a la noticia del descarrilamiento ó del choque. Estas catástrofes ferroviarias son tremendas; pero lo parecen más todavía, por el aparato que las acompaña. El estrépito de los vagones al destrozarse, el incendio que estalla cuando la caldera hace explosión, aumentan el horror del percance. La gente lee estremece los detalles espeluznantes, la lista de heridos y muertos, y piensa en que se acerca el verano, época de viajes, y será preciso arrostrar las contingencias del tren, si ha de trasladarse a San Sebastián ó Zarauz. Mientras no se invente algo que le substituya, al tren habrá que atenerse; porque las antiguas diligencias no eran tampoco muy seguras.

**

Este año se han visto pocas mantillas en Semana Santa: en cambio, la primera corrida de toros — una tarde espléndida, de calor, que parecía hecha de molde para contrastar con lo desahogado y frío de este largo invierno — dió ocasión a que aleteasen las blancas blondas alrededor de los rostros (no siempre bellos), y a que los alegres y radiantes pañolones de Manila luciesen al sol sus floripondios y sus pajarra-cos extraños. Hemos perdido a Manila, pero ¡Dios sea loado!, nos queda el pañolón, y garbo suficiente en el mujerío para lucirlo y ostentarlo en días solemnes y para echarlo como al desgaire sobre la delantera del palco, durante la lidia: de lo más pintoresco que se puede ver. Y a pesar de la escasez angustiosa de toreros (han ido muriéndose ó cortándose la coleta los que triunfaban en el redondel), a pesar de *todo*, los toros siguen siendo la gran preocupación de la raza. Los periódicos, aun los que con mayor persistencia han hecho campañas «regeneradoras», continúan dedicando a una corrida sus tres mejores columnas, cuando no cuatro ó cinco. Este derroche de literatura y sitio en favor de las astas declaro que me consterna. Comprendo la asistencia a la plaza: por fin allí se ve la función, con todos sus lances, peripecias, adornos y sustos. Pero ¡que al día siguiente la prensa no tenga asunto que no sacrifique a la corrida! ¡Que endilgue una prolija relación describiéndonos la estampa de cada toro, contando minuciosamente las arremetidas que dió,